

diante Dios, que á todos les habia de hacer ricos; é allí quedó con ellos el clérigo Juan Díaz, que no fué con nosotros, é otros soldados sospechosos, que aquí no declaro por sus nombres; é allí nos abrazamos los unos á los otros, é sin llevar indias ni servicio, sino á la ligera, tiramos por nuestras jornadas por la ciudad de Cholula, y en el camino envió Cortés á Tlasecala á rogar á nuestros amigos Xicotenga y Masse-Escaci é á todos los mas caciques, que nos enviasen de presto cuatro mil hombres de guerra; y enviaron á decir que si fueran para pelear con indios como ellos, que sí hicieran, é aun muchos mas de los que les demandaban, é que para contra teules como nosotros, é contra bombardas é caballos, que les perdonen, que no los quieren dar; é proveyeron de veinte cargas de gallinas; é luego Cortés escribió en posta á Sandoval que se juntase con todos sus soldados muy prestamente con nosotros, que íbamos á unos pueblos obra de doce leguas de Cempoal, que se dicen Tampaniquita é Mitalaguita, que ahora son de la encomienda de Pedro Moreno Medrano, que vive en la Puebla; é que mirase muy bien el Sandoval que Narvaez no le prendiese, ni hubiese á las manos á él ni á ninguno de sus soldados. Pues yendo que íbamos de la manera que he dicho, con mucho concierto para pelear si topásemos gente de guerra de Narvaez ó al mismo Narvaez, y nuestros corredores del campo descubriendo, é siempre una jornada adelante dos de nuestros soldados grandes peones, personas de mucha confianza, y estos no iban por camino derecho, sino por partes que no podían ir á caballo, para saber é inquirir de indios de la gente de Narvaez. Pues yendo nuestros corredores del campo descubriendo, vieron venir á un Alonso de Mata, el que decían que era escribano, que venia á notificar los papeles ó traslados de las provisiones, segun dije atrás en el capítulo que dello habla, é á los cuatro españoles que con él venían por testigos, y luego vinieron los dos nuestros soldados de á caballo á dar mandado, y los otros dos corredores del campo se estuvieron en palabras con el Alonso de Mata é con los cuatro testigos; y en este instante nos dimos prisa en andar y alargamos el paso, y cuando llegaron cerca de nosotros hicieron gran reverencia á Cortés y á todos nosotros, y Cortés se apeó del caballo y supo á lo que venían. Y como el Alonso de Mata queria notificar los despachos que traía, Cortés le dijo que si era escribano del Rey, y dijo que sí; y mandóle que luego exhibiese el título, é que si le traía, que leyese los recados, é que haria lo que viese que era servicio de Dios é de su majestad; y si no le traía, que no leyese aquellos papeles; é que tambien habia de ver los originales de su majestad. Por manera que el Mata, medio cortado é medroso, porque no era escribano de su majestad, y los que con él venían no sabían qué le decir; y Cortés les mandó dar de comer, y porque comiesen reparásemos allí; y les dijo Cortés que íbamos á unos pueblos cerca del real del señor Narvaez, que se decían Tampanequita, y que allí podía enviar á notificar lo que su capitán mandase; y tenia Cortés tanto sufrimiento, que nunca dijo palabra mala del Narvaez, é apartadamente habló con ellos y les untó las manos con tejuelos de oro, y luego se volvieron á su Narvaez di-

ciendo bien de Cortés y de todos nosotros; y como muchos de nuestros soldados por gentileza en aquel instante llevábamlos en las armas joyas de oro, y otros cadenas y collares al cuello, y aquellos que venían á notificar los papeles les vieron, dicen en Cempoal maravillarse de nosotros; y muchos habia en el real de Narvaez, personas principales, que querían venir á tratar paces con Cortés y su capitán Narvaez, como á todos nos veían ir ricos. Por manera que llegamos á Panguaniquita, é otro día llegó el capitán Sandoval con los soldados que tenia, que serían hasta sesenta; porque los demás viejos y dolientes los dejó en unos pueblos de indios nuestros amigos, que se decían Papalote, para que allí les diesen de comer; y tambien vinieron con él los cinco soldados parientes y amigos del licenciado Lúcas Vazquez de Aillon, que se habian venido huyendo del real de Narvaez, y venían á besar las manos á Cortés; á los cuales con mucha alegría recibió muy bien; y allí estuvo contando el Sandoval á Cortés de lo que les acaeció con el clérigo furioso Guevara y con el Vergara y con los demás, y cómo los mandó llevar presos á Méjico, segun y de la manera que dicho tengo en el capítulo pasado. Y tambien dijo cómo desde la Villarrica envió dos soldados como indios, puestas mantillas ó mantas, y eran como indios propios, al real de Narvaez; é como eran morenos, dijo Sandoval que no parecían sino propios indios, y cada uno llevó una carguilla de ciruelas á vender, que en aquella sazón era tiempo dellas, cuando estaba Narvaez en los arenales, antes que se pasasen al pueblo de Cempoal; é que fueron al rancho del bravo Salvatierra, é que les dió por las ciruelas un sartalejo de cuentas amarillas. E cuando hubieron vendido las ciruelas, el Salvatierra les mandó que le fuesen por yerba, creyendo que eran indios, allí junto á un riachuelo que está cerca de los ranchos, para su caballo, é fueron é cogieron unas carguillas dello, y esto era á hora del Ave-María cuando volvieron con la yerba, y se estuvieron en el rancho en cuclillas como indios hasta que anocheció, y tenían ojo y sentido en lo que decían ciertos soldados de Narvaez que vinieron á tener palacio é compañía al Salvatierra, y después les decía el Salvatierra: «¡ Oh, á qué tiempo hemos venido, que tiene allegado este traidor de Cortés mas de setecientos mil pesos de oro, y todos seremos ricos; pues los capitanes y soldados que consigo trae, no será menos sino que tengan mucho oro! » Y decían por ahí otras palabras. Y desde que fué bien oscuro vienen los dos nuestros soldados que estaban hechos como indios, y callando salen del rancho, y van adonde tenia el caballo, y con el freno que estaba junto con la silla le enfrenan y ensillan, y cabalgan en él. Y viniéndose para la villa de camino, topan otro caballo manco cabe el riachuelo, y tambien se lo trujeron. Y preguntó Cortés al Sandoval por los mismos caballos, y dijo que los dejó en el pueblo de Papalote, donde quedaban los dolientes; porque por donde él venia con sus compañeros no podían pasar caballos, porque era tierra muy fragosa y de grandes sierras, y que vino por allí por no topár con gente del Narvaez; y cuando Cortés supo que era el un caballo de Salvatierra se holgó en gran manera, é dijo: « Ahora braveará mas cuando lo hal-

menos. » Volvamos á decir del Salvatierra, que cuando amaneció é no halló á los dos indios que le trujeron á vender las ciruelas, ni halló su caballo ni la silla y el freno, dijeron después muchos soldados de los del mismo Narvaez que decía cosas que los hacia reír; porque luego conoció que eran españoles de los de Cortés los que les llevaron los caballos; y desde allí adelante se velaban. Volvamos á nuestra materia: y luego Cortés con todos nuestros capitanes y soldados estuvimos platicando cómo y de qué manera daríamos en el real de Narvaez; é lo que se concertó antes que fuésemos sobre el Narvaez diré adelante.

CAPITULO CXVI.

Cómo acordó Cortés con todos nuestros capitanes y soldados que tornásemos á enviar al real de Narvaez al fraile de la Merced, que era muy sagaz y de buenos medios, y que se hiciese muy servidor del Narvaez, é que se mostrase favorable á su parte mas que no á la de Cortés, é que secretamente convocase al artillero que se decía Rodrigo Martín é á otro artillero que se decía Usagre, é que hablase con Andrés de Duero para que viniese á verse con Cortés; é que otra carta que escribiésemos al Narvaez que mirase que se la diese en sus manos, é lo que en tal caso convenia, é que tuviese mucha advertencia; y para esto llevó mucha cantidad de tejuelos é cadenas de oro para reparar.

Pues como ya estábamos en el pueblo todos juntos, acordamos que con el padre de la Merced se escribiese otra carta al Narvaez, que decían en ella así, ó otras palabras formales como estas que diré, después de puesto su acato con gran cortesía: que nos habíamos holgado de su venida, é creíamos que con su generosa persona haríamos gran servicio á Dios nuestro Señor y á su majestad; é que no nos ha querido responder cosa ninguna, antes nos llama de traidores, siendo muy leales servidores del Rey; é ha revuelto toda la tierra con las palabras que envió á decir á Montezuma; é que le envió Cortés á pedir por merced que escogiese la provincia en cualquiera parte que él quisiese quedar con la gente que tiene, ó fuese adelante, é que nosotros iríamos á otras tierras é haríamos lo que á buenos servidores de su majestad somos obligados; é que le hemos pedido por merced que si trae provisiones de su majestad que envíe los originales para ver y entender si vienen con la real firma y ver lo que en ellas se contiene, para que luego que lo veamos, los pechos por tierra para obedecerla; é que no ha querido hacer lo uno ni lo otro, sino tratarnos mal de palabra y revolver la tierra; que le pedimos y requerimos de parte de Dios y del Rey nuestro señor que dentro en tres días envíe á notificar los despachos que trae con escribano de su majestad, é que cumpliremos como mandado del Rey nuestro señor todo lo que en las reales provisiones mandare; que para aquel efeto nos hemos venido á aquel pueblo de Panguaniquita, por estar mas cerca de su real; é que si no trae las provisiones y se quisiere volver á Cuba, que se vuelva y no alborote mas la tierra, con protestacion que si otra cosa hace, que iremos contra él á le prender y enviarlo preso á nuestro rey y señor, pues sin su real licencia nos viene á dar guerra é desasosegar todas las ciudades; é que todos los males é muertes y fuegos y menoscabos que sobre esto acaecieren, que sea á su cargo, y no al nuestro; y esto

se escribe ahora por carta misiva, porque no osa ningún escribano de su majestad írselo á notificar, por temor no le acaezca tan gran desacato como el que se tuvo con un oidor de su majestad, y que ¿dónde se vió tal atrevimiento de le enviar preso? Y que allende de lo que dicho tiene, por lo que es obligado á la honra y justicia de nuestro rey, que le conviene castigar aquel gran desacato y delito, como capitán general y justicia mayor que es de aquesta Nueva-España, le cita y emplaza para ello, y se lo demandará usando de justicia, pues es crimen *laesae majestatis* lo que ha tentado, é que hace á Dios testigo de lo que ahora dice; y tambien le enviamos á decir que luego volviese al cacique gordo las mantas y ropa y joyas de oro que le habian tomado por fuerza, y ansimismo las hijas de señores que nos habian dado sus padres, y mandase á sus soldados que no robasen á los indios de aquel pueblo ni de otros. Y después de puesta su cortesía y firmada de Cortés y de nuestros capitanes y algunos soldados, iba allí mi firma; y entonces se fué con el mismo padre fray Bartolomé de Olmedo un soldado que se decía Bartolomé de Usagre, porque era hermano del artillero Usagre, que tenia cargo del artillería de Narvaez; y llegados nuestro religioso y el Usagre á Cempoal, adonde estaba el Narvaez, diré lo que dice que pasó.

CAPITULO CXVII.

Cómo el padre fray Bartolomé de Olmedo, de la órden de nuestra Señora de la Merced, fué á Cempoal, adonde estaba el Narvaez é todos sus capitanes, y lo que pasó con ellos, y les dió la carta.

Como el padre fray Bartolomé de Olmedo, de la órden de la Merced, llegó al real de Narvaez, sin mas gastar yo palabras en tornallo á recitar, hizo lo que Cortés le mandó, que fué convocar á ciertos caballeros de los de Narvaez y al artillero Rodrigo Mino, que así se llamaba, é al Usagre, que tenia tambien cargo de los tiros; y para mejor le atraer, fué un su hermano del Usagre con tejuelos de oro, que dió de secreto al hermano; y asimismo el padre fray Bartolomé de Olmedo repartió todo el oro que Cortés le mandó, y habló al Andrés de Duero que luego se viniese á nuestro real con Cortés; y demás desto, ya el fraile habia ido á ver y hablar al Narvaez y hacérsele muy gran servidor; y andando en estos pasos, tuvieron gran sospecha de lo en que andaba nuestro fraile, é aconsejaban al Narvaez que luego le prendiese, é así lo querían hacer; y como lo supo Andrés de Duero, que era secretario del Diego Velazquez, y era de Tudela de Duero, y se tenían por deudos el Narvaez y él, porque el Narvaez tambien era de tierra de Valladolid ó del mismo Valladolid, y en toda la armada era muy estimado é preeminente, el Andrés de Duero fué al Narvaez y le dijo que le habian dicho que queria prender al padre fray Bartolomé de Olmedo, mensajero y embajador de Cortés; que mirase que ya que hubiese sospecha que el fraile hablaba algunas cosas en favor de Cortés, que no es bien prendelle, pues que claramente se ha visto cuánta honra é dádivas da Cortés á todos los suyos del Narvaez que hallaban; é que fray Bartolomé de Olmedo ha hablado con él después que allí ha venido, é lo que siente dél es que desea que él y otros caballeros del real de Cortés

le vengan á recibir, é que todos fuesen amigos; é que mire cuánto bien dice Cortés á los mensajeros que envía; que no le sale por la boca á él ni á cuantos están con él, sino el señor capitán Narvaez, é que sería poquedad prender á un religioso; é que otro hombre que vino con él, que es hermano de Usagre el artillero, que le viene á ver; que convide á fray Bartolomé de Olmedo á comer, y le saque del pecho la voluntad que todos los de Cortés tienen. Y con aquellas palabras, y otras sabrosas que le dijo, amansó al Narvaez. Y luego desque esto pasó, se despidió Andrés de Duero del Narvaez, y secretamente habló al padre lo que había pasado; y luego el Narvaez envió á llamar á fray Bartolomé de Olmedo, y como vino, le hizo mucho acato, y medio riendo (que era el fraile muy cuerdo y sagaz) le suplicó que se apartase en secreto, y el Narvaez se fué con él paseando á un patio, y el fraile le dijo: «Bien entendido tengo que vuestra merced me quería mandar prender; pues hágole saber, Señor, que no tiene mejor ni mayor servidor en su real que yo, y tengo por cierto que muchos caballeros y capitanes de los de Cortés le querrian ya ver en las manos de vuestra merced; y así, creo que vendrémos todos; y para mas le atraer á que se desconcierte, le han hecho escribir una carta de desvarios, firmada de los soldados, que me dieron que diese á vuestra merced, que no la he querido mostrar hasta agora, que vine á pláticas, que en un rio la quise echar por las necesidades que en ella trae; y esto hacen todos sus capitanes y soldados de Cortés por verle ya desconcertar.» Y el Narvaez dijo que se la diese, y el padre fray Bartolomé de Olmedo le dijo que la dejó en su posada é que iria por ella; é así, se despidió para ir por la carta; y entre tanto vino al aposento de Narvaez el bravo Salvatierra; y de presto el padre fray Bartolomé de Olmedo llamó á Duero que fuese luego en casa del Narvaez para ver dalle la carta, que bien sabia ya el Duero della, y aun otros capitanes de Narvaez que se habían mostrado por Cortés; porque el fraile consigo la traía, sino porque tuviesen juntos muchos de los de aquel real y le oyesen. E luego como vino el padre fray Bartolomé de Olmedo con la carta, se la dió al mismo Narvaez, y dijo: «No se maraville vuestra merced con ella, que ya Cortés anda desvariando; y sé cierto que si vuestra merced le habla con amor, que luego se le dará él y todos los que consigo trae.» Dejémos de razones de fray Bartolomé, que las tenía muy buenas, y digamos que le dijeron á Narvaez los soldados y capitanes que leyese la carta, y cuando la oyeron, dice que hacian bramuras el Narvaez y el Salvatierra, y los demás se reian, como haciendo burla della; y entonces dijo el Andrés de Duero: «Ahora yo no sé cómo sea esto; yo no lo entiendo; porque este religioso me ha dicho que Cortés y todos se le darán á vuestra merced, y escribir ahora estos desvarios!» Y luego de buena tinta tambien le ayudó á la plática al Duero un Agustín Bermudez, que era capitán é alguacil mayor del real de Narvaez, é dijo: «Ciertamente, tambien he sabido del padre fray Bartolomé de Olmedo muy en secreto que como enviase buenos terceros, que el mismo Cortés vernia á verse con vuestra merced para que se diese con sus soldados; y será bien que envíe á su real, pues

no está muy léjos, al señor veedor Salvatierra é al señor Andrés de Duero, é yo iré con ellos;» y esto dijo adrede por ver qué diria el Salvatierra. Y respondió el Salvatierra que estaba mal dispuesto é que no iria á ver un traidor; y el padre fray Bartolomé de Olmedo le dijo: «Señor veedor, bueno es tener templanza, pues está cierto que le ternéis preso antes de muchos dias.» Pues concertada la partida del Andrés de Duero, parece ser muy en secreto trató el Narvaez con el mismo Duero y con tres capitanes que tuviesen modo con el Cortés cómo se viesen en unas estancias é casas de indios que estaban entre el real de Narvaez y el nuestro, é que allí se darian conciertos donde habíamos de ir con Cortés á poblar y partir términos, y en las vistas le prenderia; y para ello tenía ya hablado el Narvaez á veinte soldados de sus amigos; lo cual luego supo fray Bartolomé del Narvaez é del Andrés de Duero, y avisaron á Cortés de todo. Dejemos al fraile en el real de Narvaez, que ya se había hecho muy amigo y pariente del Salvatierra, siendo el fraile de Olmedo y el Salvatierra de Búrgos, y comia con él cada dia. E digamos de Andrés de Duero, que quedaba aperciéndose para ir á nuestro real y llevar consigo á Bartolomé de Usagre, nuestro soldado, porque el Narvaez no alcanzase á saber dél lo que pasaba; y diré lo que en nuestro real hicimos.

CAPITULO CXVIII.

Cómo en nuestro real hicimos alarde de los soldados que éramos, y cómo trajeron ducientos y cincuenta picas muy largas, con unos hierros de cobre cada una, que Cortés había mandado hacer en unos pueblos que se dicen los chichinatecas, y nos imponiamos cómo habíamos de jugar dellas para derrocar la gente de á caballo que tenía Narvaez, y otras cosas que en el real pasaron.

Volvamos á decir algo atrás de lo dicho, y lo que mas pasó. Así como Cortés tuvo noticia del armada que traía Narvaez, luego despachó un soldado que había estado en Italia, bien diestro de todas armas, y mas de jugar una pica, y le envió á una provincia que se dice los chichinatecas, junto adonde estaban nuestros soldados los que fueron á buscar minas; porque aquellos de aquella provincia eran muy enemigos de los mejicanos é pocos dias había que tomaron nuestra amistad, é usaban por armas muy grandes lanzas, mayores que las nuestras de Castilla, con dos brazas de pedernal é navajas; y enviélos á rogar que luego le trajesen á do quiera que estuviesen trecientas dellas, é que les quitasen las navajas, é que pues tenían mucho cobre, que les hiciesen á cada una dos hierros, y llevó el soldado la manera cómo habían de ser los hierros; y como llegó, de presto buscaron las lanzas é hicieron los hierros; porque en toda la provincia á aquella sazón había cuatro ó cinco pueblos, sin muchas estancias, y las recogieron, é hicieron los hierros muy mas perfectamente que se los enviámos á mandar; y tambien mandó á nuestro soldado, que se decía Tovilla, que les demandase dos mil hombres de guerra, é que para el dia de pascua del Espíritu Santo viniese con ellos al pueblo de Panguenequita, que así se decía, ó que preguntase en qué parte estábamos, é que todos dos mil hombres trajesen lanzas; por manera que el soldado se los demandó, é los caciques dijeron que ellos vernian con la gente de guerra; y el

soldado se vino luego con obra de ducientos indios, que trajeron las lanzas, y con los demás indios de guerra quedó para venir con ellos otro soldado de los nuestros, que se decía Barrientos; y este Barrientos estaba en la estancia y minas que descubrian, ya otra vez por mí nombradas, y allí se concertó que había de venir de la manera que está dicho á nuestro real; porque sería de andadura diez ó doce leguas de lo uno á lo otro. Pues venido el nuestro soldado Tovilla con las lanzas, eran muy extremadas de buenas; y así, se daba orden y nos imponia el soldado é nos mostraba á jugar con ellas, y cómo nos habíamos de haber con los de á caballo, é ya teníamos hecho nuestro alarde y copia y memoria de todos los soldados y capitanes de nuestro ejército, y llamamos ducientos y seis, contados atambor é pífaro, sin el fraile, y con cinco de á caballo y dos artilleros y pocos ballesteros y menos escopeteros; y á lo que tuvimos ojo, para pelear con Narvaez eran las picas, y fueron muy buenas, como adelante verán; y dejemos de platicar mas en el alarde y lanzas, y diré cómo llegó Andrés de Duero, que envió Narvaez á nuestro real, é trujo consigo á nuestro soldado Usagre y dos indios naborias de Cuba, y lo que dijeron y concertaron Cortés y Duero, segun después alcanzamos á saber.

CAPITULO CXIX.

Cómo vino Andrés de Duero á nuestro real y el soldado Usagre y dos indios de Cuba, naborias del Duero, y quién era el Duero y á lo que venia, y lo que tuvimos por cierto y lo que se concertó.

Y es desta manera, que tengo de volver muy atrás á recitar lo pasado. Ya he dicho en los capítulos mas adelante destes que cuando estábamos en Santiago de Cuba, que se concertó Cortés con Andrés de Duero y con un contador del Rey, que se decía Amador de Lares, que eran grandes amigos del Diego Velazquez, y el Duero era su secretario, que tratase con el Diego Velazquez que le hiciesen á Cortés capitán general para venir en aquella armada, y que partiria con ellos todo el oro y plata y joyas que le cupiese de su parte de Cortés; y como el Andrés de Duero vió en aquel instante á Cortés, su compañero, tan rico y poderoso, y so color que venia á poner paces y á favorecer á Narvaez, y en lo que entendió era á demandar la parte de la compañía, porque ya el otro su compañero Amador de Lares era fallecido; y como Cortés era sagaz y manso, no solamente le prometió de dalle gran tesoro, sino que tambien le daría mando en toda la armada, ni mas ni menos que su propia persona, y que, después de conquistada la Nueva-España, le daría otros tantos pueblos como á él, con tal que tuviese concierto con Agustín Bermudez, que era alguacil mayor del real de Narvaez, y con otros caballeros que aquí no nombro, que estaban convocados para que en todo caso fuesen en desviar al Narvaez para que no saliese con la vida é con honra y le desbaratase; y como á Narvaez tuviese muerto ó preso, y deshecha su armada, que ellos quedarían por señores y partirían el oro y pueblos de la Nueva-España; y para mas le atraer y convocar á lo que dicho tengo, le cargó de oro sus dos indios de Cuba; y segun pareció, el Duero se lo prometió, y aun ya se lo había prometido el Agustín

Bermudez por firmas y cartas; y tambien envió Cortés al Bermudez y á un clérigo que se decía Juan de Leon, y al clérigo Guevara, que fué el que primero envió Narvaez, y otros sus amigos, muchos tejuelos y joyas de oro, y les escribió lo que le pareció que convenia, para que en todo le ayudasen; y estuvo el Andrés de Duero en nuestro real el dia que llegó hasta otro dia después de comer, que era dia de pascua de Espíritu Santo, y comió con Cortés y estuvo hablando con él en secreto buen rato; y cuando hubieron comido se despidió el Duero de todos nosotros, así capitanes como soldados, y luego fué á caballo otra vez adonde Cortés estaba, y dijo: «¿Qué manda vuestra merced? Que me quiero ir;» y respondióle: «Que vaya con Dios, y mire, señor Andrés de Duero, que haya buen concierto de lo que tenemos platicado; si no, en mi conciencia (que así juraba Cortés), que antes de tres dias con todos mis compañeros seré allá en nuestro real, y al primero que le eche lanza será á vuestra merced si otra cosa siento al contrario de lo que tenemos hablado.» Y el Duero se rió, y dijo: «No faltaré en cosa que sea contrario de servir á vuestra merced;» y luego se fué, y llegado á su real, diz que dijo al Narvaez que Cortés y todos los que estábamos con él sentía estar de buena voluntad para pasarnos con el mismo Narvaez. Dejemos de hablar deso del Duero, y diré cómo Cortés luego mandó llamar á un nuestro capitán que se dice Juan Velazquez de Leon, persona de mucha cuenta y amigo de Cortés, y era pariente muy cercano del gobernador de Cuba Diego Velazquez; y á lo que siempre tuvimos creído, tambien le tenía Cortés convocado y atraído á sí con grandes dádivas y ofrecimientos que le daría mando en la Nueva-España y le haría su igual; porque el Juan Velazquez siempre se mostró muy gran servidor y verdadero amigo, como adelante verán. Y cuando hubo venido delante de Cortés y hecho su acato, le dijo: «¿Qué manda vuestra merced?» Y Cortés, como hablaba algunas veces muy meloso y con la risa en la boca, le dijo medio riendo: «A lo que, señor Juan Velazquez, le hice llamar es, que me dijo Andrés de Duero que dice Narvaez, y en todo su real hay fama, que si vuestra merced va allá, que luego yo soy deshecho y desbaratado, porque creen que se ha de hacer con Narvaez; y á esta causa he acordado que por mi vida, si bien me quiere, que luego se vaya en su buena yegua rucia, y que lleve todo su oro y la fanfarrona (que era muy pesada cadena de oro), y otras cositas que yo le daré, que dé allá por mí á quien yo le dijere; y su fanfarrona de oro, que pesa mucho, llevará al hombro, y otra cadena que pesa mas que ella llevará con dos vueltas, y allá verá qué le quiere Narvaez; y en viniendo que se venga, luego irán allá el señor Diego de Ordás, que le desean ver en su real, como mayordomo que era del Diego Velazquez.» Y el Juan Velazquez respondió que él haría lo que su merced mandaba, mas que su oro ni cadenas que no las llevaria consigo, salvo lo que le diese para dar á quien mandase, porque donde su persona estuviere, es para le siempre servir, mas que cuanto oro ni piedras de diamantes puede haber. «Así lo tengo yo creído, dijo Cortés, y con esta confianza, Señor, le envío; mas si no lleva todo su oro

y joyas, como le mando, no quiero que vaya allá.» Y el Juan Velazquez respondió: «Hágase lo que vuestra merced mandare;» y no quiso llevar las joyas, y Cortés allí le habló secretamente, y luego se partió, y llevó en su compañía á un mozo de espuelas de Cortés para que le sirviese, que se decia Juan del Rio. Y dejemos desta partida de Juan Velazquez, que dijeron que lo envió Cortés por descuidar á Narvaez, y volvamos á decir lo que en nuestro real pasó: que dende á dos horas que se partió el Juan Velazquez, mandó Cortés tocar el atambor á Canillas, que así se llamaba nuestro atambor, y á Benito de Veguer, nuestro pífaro, que tocase su tamborino, y mandó á Gonzalo de Sandoval, que era capitán y alguacil mayor, que llamase á todos los soldados, y comenzásemos á marchar luego á paso largo camino de Cempoal; é yendo por nuestro camino se mataron dos puercos de la tierra, que tienen el ombligo en el espinazo, y dijimos muchos soldados que era señal de vitoria; y dormimos en un repecho cerca de un riachuelo, y sendas piedras por almohadas, como lo teniamos de costumbre, y nuestros corredores del campo adelante, y espías y rondas; y cuando amaneció, caminamos por nuestro camino derecho, y fuimos á hora de mediodía á un rio, adonde está ahora poblada la villa rica de la Veracruz, donde desembarcan las barcas con mercaderías que vienen de Castilla; porque en aquel tiempo estaban pobladas junto al rio unas casas de indios y arboledas; y como en aquella tierra hace grandísimo sol, reposamos allí, como dicho tengo, porque traíamos nuestras armas y picas. Y dejemos ahora de mas caminar, y digamos lo que al Juan Velazquez de Leon le avino con Narvaez y con un su capitán que también se decia Diego Velazquez, sobrino del Velazquez, gobernador de Cuba.

CAPITULO CXX.

Cómo llegó Juan Velazquez de Leon y el mozo de espuelas que se decia Juan del Rio al real de Narvaez, y lo que en él pasó.

Ya he dicho cómo envió Cortés al Juan Velazquez de Leon y al mozo de espuelas para que le acompañase á Cempoal, y á ver lo que Narvaez queria, que tanto deseo tenia de tenello en su compañía; por manera que así como partieron de nuestro real se dió tanta prisa en el camino, y fué amanecer á Cempoal, y se fué á apearse el Juan Velazquez en casa del cacique gordo, porque el Juan del Rio no tenia caballo, y desde allí se van á pié á la posada de Narvaez. Pues como los indios de Cempoal le conocieron, holgaron de le ver y hablar, y decian á voces á unos soldados de Narvaez que allí posaban en casa del cacique gordo, que aquel era Juan Velazquez de Leon, capitán de Malinche; y así como lo oyeron los soldados, fueron corriendo á demandar albricias á Narvaez cómo habia venido Juan Velazquez de Leon, y antes que el Juan Velazquez llegase á la posada del Narvaez, que ya le iba á le hablar, como de repente supo el Narvaez su venida, le salió á recibir á la calle, acompañado de ciertos soldados, donde se encontraron el Juan Velazquez y el Narvaez, y se hicieron muy grandes acatos, y el Narvaez abrazó al Juan Velazquez, y le mandó sentar en una silla, que luego trajeron sillas cerca de sí, y le dijo que por qué no se

fué á apearse á su posada; y mandó á sus criados que le fuesen luego por el caballo y fardaje, si le llevaba, porque en su casa y caballeriza y posada estaria; y Juan Velazquez dijo que luego se queria volver, que no venia sino á besalle las manos, y á todos los caballeros de su real, y para ver si podia dar concierto que su merced y Cortés tuviesen paz y amistad. Entonces dicen que el Narvaez apartó al Juan Velazquez, y le comenzó á decir airado cómo que tales palabras le habia de decir de tener amistad ni paz con un traidor que se alzó á su primo Diego Velazquez con la armada. Y el Juan Velazquez respondió que Cortés no era traidor, sino buen servidor de su majestad, y que ocurrir á nuestro rey y señor, como envió é ocurrió, no se le ha de atribuir á traicion, y que le suplica que delante del no se diga tal palabra. Y entonces el Narvaez le comenzó á hacer grandes prometimientos que se quedase con él, y que concierto con los de Cortés que se le den y vengan luego áse meter en su obediencia, prometiéndole con juramento que seria en todo su real el mas preeminente capitán, y en el mando segunda persona; y el Juan Velazquez respondió que mayor traicion haria él en dejar al capitán que tiene jurado en la guerra y desampararlo, conociendo que todo lo que ha hecho en la Nueva-España es en servicio de Dios nuestro Señor y de su majestad; que no dejará de acudir á Cortés, como acudia á nuestro rey y señor, y que le suplica que no hable mas en ello. En aquella sazón habian venido á ver á Juan Velazquez todos los mas principales capitanes del real de Narvaez, y le abrazaban con gran cortesía, porque el Juan Velazquez era muy de palacio y de buen cuerpo, membrudo, y de buena presencia y rostro y la barba muy bien puesta, y llevaba una cadena muy grande de oro echada al hombro, que le daba vueltas debajo el brazo, y pareciale muy bien, como bravo y buen capitán. Dejemos deste buen parecer de Juan Velazquez y cómo le estaban mirando todos los capitanes de Narvaez, y aun nuestro padre fray Bartolomé de Olmedo también le vino á ver y en secreto hablar, y ansimismo el Andrés de Duero y el alguacil mayor Bermudez, y parece ser que en aquel instante ciertos capitanes de Narvaez, que se decian Gamarra y un Juan Yuste, y un Juan Bono de Quejo, vizcaíno, y Salvatierra el bravo, aconsejaron al Narvaez que luego prendiese al Juan Velazquez, porque les pareció que hablaba muy sueltamente en favor de Cortés; é ya que habia mandado el Narvaez secretamente á sus capitanes y alguaciles que le echasen preso, supolo Agustín Bermudez y el Andrés de Duero, y el padre fray Bartolomé de Olmedo y un clérigo que se decia Juan de Leon, y otras personas que se habian dado por amigos de Cortés, y dicen al Narvaez que se maravillan de su merced querer mandar prender al Juan Velazquez de Leon, que ¿qué puede hacer Cortés contra él, aunque tenga en su compañía otros cien Juan Velazquez? Y que mire la honra y acatos que hace Cortés á todos los que de su real han ido, que les sale á recibir y á todos les da oro y joyas, y vienen cargados como abejas á las colmenas, y de otras cosas de mantas y mosqueadores, y que á Andrés de Duero y al clérigo Guevara, y Amaya y á Vergara el escribano, y á Alonso de Mata y otros que

han ido á su real, bien los pudirá prender y no lo hizo; antes, como dicho tienen, les hace mucha honra, y que será mejor que le torne á hablar al Juan Velazquez con mucha cortesía, y le convide á comer para otro dia; por manera que al Narvaez le pareció bien el consejo, y luego le tornó á hablar con palabras muy amorosas para que fuese tercero en que Cortés se le diese con todos nosotros, y le convidó para otro dia á comer; y el Juan Velazquez respondió que él haria lo que pudiese en aquel caso; mas que tenia á Cortés por muy porfiado y cabezudo en aquel negocio, y que seria mejor que partiesen las provincias, y que escogiese la tierra que mas su merced quisiese; y esto decia el Juan Velazquez por le amansar; y entre aquellas pláticas llegóse al oído de Narvaez el padre fray Bartolomé de Olmedo, y le dijo, como su privado y consejero que ya le habia hecho: «Mande vuestra merced hacer alarde de toda su artillería y caballos y escopeteros y ballesteros y soldados, para que lo vea el Juan Velazquez de Leon y el mozo de espuelas Juan del Rio, para que Cortés tema vuestro poder é gente, y se venga á vuestra merced aunque le pese;» y esto lo dijo fray Bartolomé de Olmedo como por vía de su muy gran servidor y amigo, y por hacelle que trabajasen todos los de á caballo y soldados en su real. Por manera que por el dicho de nuestro fraile hizo hacer alarde delante el Juan Velazquez de Leon y el Juan del Rio, estando presente nuestro religioso; y cuando fué acabado de hacer dijo el Juan Velazquez al Narvaez: «Gran pujanza trae vuestra merced; Dios se lo acreciente.» Entonces dijo el Narvaez: «Allí verá vuestra merced que si quisiera haber ido contra Cortés le hubiera traído preso, y á cuántos estáis con él.» Entonces respondió el Juan Velazquez y dijo: «Téngale vuestra merced por tal, y á los soldados que con él estamos, que sabremos muy bien defender nuestras personas;» y así cesaron las pláticas; y otro dia llevóle convidado á comer al Juan Velazquez, como dicho tengo, y comia con el Narvaez un sobrino del Diego Velazquez, gobernador de Cuba, que también era su capitán; y estando comiendo, tratóse plática de cómo Cortés no se daba al Narvaez, y de la carta y requirimientos que le enviamos, y de unas palabras en otras, desmandóse el sobrino de Diego Velazquez, que también se decia Diego Velazquez como el tío, y dijo que Cortés y todos los que con él estábamos éramos traidores, pues no se venian á someter al Narvaez; y el Juan Velazquez cuando lo oyó se levantó en pié de la silla en que estaba, y con mucho acato dijo: «Señor capitán Narvaez, ya he suplicado á vuestra merced que no se consienta que se digan palabras tales como estas que dicen de Cortés ni de ninguno de los que con él estamos, porque verdaderamente son mal dichas, decir mal de nosotros, que tan lealmente hemos servido á su majestad;» y el Diego Velazquez respondió que eran bien dichas, y pues volvía por un traidor, que traidor debia de ser y otro tal como él, y que no era de los Velazquez buenos; y el Juan Velazquez, echando mano á su espada, dijo que mentía, que era mejor caballero que no él, y de los buenos Velazquez, mejores que no él ni su tío, y que se lo haria conocer si el señor capitán Narvaez les daba licencia; y como habia

allí muchos capitanes, así de los de Narvaez y algunos de los de Cortés, se metieron en medio, que de hecho le iba á dar el Juan Velazquez una estocada; y aconsejaron al Narvaez que luego le mandase salir de su real, así á él como al padre fray Bartolomé de Olmedo é á Juan del Rio; porque á lo que sentian, no hacian provecho ninguno, y luego sin mas dilación les mandaron que se fuesen; y ellos, que no veian la hora de verse en nuestro real, lo pusieron por obra. E dicen que el Juan Velazquez yendo á caballo en su buena yegua y su cota puesta, que siempre andaba con ella y con su capete y gran cadena de oro, se fué á despedir del Narvaez, y estaba allí con el Narvaez el mancebo Diego Velazquez, el de la brega, y dijo al Narvaez: «¿Qué manda vuestra merced para nuestro real?» Y respondió el Narvaez, muy enojado, que se fuese, é que valiera mas que no hubiera venido; y dijo el mancebo Diego Velazquez palabras de amenaza é injurias á Juan Velazquez, y le respondió á ellas el Juan Velazquez de Leon que es grande su atrevimiento, y digno de castigo por aquellas palabras que le dijo; y echándose mano á la barba, le dijo: «Para estas, que yo vea antes de muchos dias si vuestro esfuerzo es tanto como vuestro hablar;» y como venian con el Juan Velazquez seis ó siete de los del real de Narvaez, que ya estaban convocados por Cortés, que le iban á despedir, dicen que trabaron del como enojados, y le dijeron: «Váyase ya y no cure de mas hablar;» y así, se despidieron, y á buen andar de sus caballos se van para nuestro real, porque luego le avisaron á Juan Velazquez que el Narvaez los queria prender y aperecía muchos de á caballo que fuesen tras ellos; é viniendo su camino, nos encontraron al rio que dicho tengo, que está ahora cabe la Veracruz; y estando que estábamos en el rio por mí ya nombrado, teniendo la siesta, porque en aquella tierra hace mucho calor y muy recia; porque, como caminábamos con todas nuestras armas á cuestras y cada uno con una pica, estábamos cansados; y en este instante vino uno de nuestros corredores del campo á dar mandado á Cortés que vian venir buen rato de allí dos ó tres personas de á caballo, y luego presumimos que serian nuestros embajadores Juan Velazquez de Leon y fray Bartolomé de Olmedo y Juan del Rio; y como llegaron adonde estábamos, ¡qué regocijos y alegrías tuvimos todos! Y Cortés ¡cuántas caricias y buenos comedimientos hizo al Juan Velazquez y á fray Bartolomé de Olmedo! Y tenia razón, porque le fueron muy servidores; y allí contó el Juan Velazquez paso por paso todo lo atrás por mí dicho que les acaeció con Narvaez, y cómo envió secretamente á dar las cadenas y tejuelos de oro á las personas que Cortés mandó. Pues oír de nuestro fraile, como era muy regocijado, sabíalo muy bien representar, cómo se hizo muy servidor del Narvaez, y que por hacer burla del le aconsejó que hiciese el alarde y sacase su artillería, y con qué astucia y mañas le dió la carta; pues cuando contaba lo que le acaeció con el Salvatierra y se le hizo muy pariente, siendo el fraile de Olmedo y el Salvatierra adelante de Burgos, y de los fieros que le decia el Salvatierra que habia de hacer y acontecer en prendiendo á Cortés y á todos nosotros, y aun se le quejó de los soldados que le hurtaron su caballo y él